



La Concepcion

POEMA

Por

SAMUEL A. LILLO

Oculto entre las rocas de la sierra,
Alzase un miserable caserío
Que, del sol a los últimos reflejos,
Parece, desde léjos,
Un gigantesco nido
De los salvajes cóndores del Andes
Al borde del abismo suspendido.

Escarpadas alturas lo circundan,
Y, como un monstruo de entreabierta fauce
Que pugna por saltar los murallones
De su profundo cauce,
Borbotando a los pies de la pendiente,
Lo acaricia i defiende
Con sus turbios oleajes, un torrente.

Al oculto rincón de esos breñales,
La noticia llegó de que yacia
Revuelto i roto bajo el pié extranjero
El poder de los incas inmortales.
¿Quién llevar pudo nueva tan estraña?
Talvez algun arriero
Que cruzó en aquel tiempo la montaña.

Los tristes moradores
Cuántas veces temblaron
En el silencio de la noche umbría;
I pálidos, convulsos, se miraron
A la luz de la llama vacilante,
Tomando por jemidos de agonía
Los silbidos del viento
Que afuera con furor se retorcia.

A veces el torrente que bajaba,
Formando en la ladera
Sonantes cataratas,
En medio del silencio semejaba
El galope de estrañas calbagatas.

Por fin, en cierto día,
El estridente son de las cornetas
Que por valles i montes se estendia,
Sorprendió aquel rincón de la montaña,
Anunciando que el mar de bayonetas.
Que los valles peruanos
Llenara con su estrépito de guerra,
Subia amenazante de los llanos
Hacia las libres cumbres de la sierra.

*
* *

De rostro hermoso, por el sol moreno,
Inclinada la frente pensativa,
En soberbio bridon de piel oscura
Que, bañado en sudor, tascaba el freno,
A la cabeza de sus huestes iba
Gallardo mozo de gentil figura,
Tan altivo i bizarro

Como uno de los nobles capitanes
De los tiempos de Almagro i de Pizarro.

Al sonar de las armas i clarines,
Las puertas se cerraron
Solo algunos escuálidos mastines
Airados arrojaron
Ladridos de amenaza;
Mas la tropa invasora
Siguió en silencio i se formó en la plaza.

En el viejo cuartel abandonado,
Pasó qué largos dias
Lamentando la estrella de su suerte,
El jóven héroe sin soñar siquiera
Que en esa miserable madriguera
Lo esperaban la gloria con la muerte.

Una lóbrega noche los vijías
Insolitos rumores
En las cercanas breñas escucharon,
I sombras fujitivas resbalaron
Por la áspera pendiente,
En tanto que en las cumbres retiradas,
Brillaba de repente
El fulgor de indecisas llamaradas.

Sintióse al otro día
Un extraño fragor que por momentos
Remedaba el sonar de los pedruscos
Que ruedan de los altos peñascales,
O el sacudon airado de los vientos
Que estremece los viejos robledales.
Confuso vocerío,
Aullidos de amenaza

I ruidos de trompetas i bocinas,
Con violencia estallaron
I airadas multitudes coronaron
Las alturas vecinas.

Cual baja hasta llegar a las llanadas
La avenida que forman los chubascos,
Descendieron las bárbaras indiadas,
Saltando por los ásperos peñascos;
I cubrieron las calles i senderos
Con la hirviente invasion de sus guerreros.

Al sentir en sus venas
Latir la noble sangre de su abuelo,
Acepta el bravo capitán Carrera
El formidable duelo.

Ardiente i temerario

Solo tiene setenta paladines,
Mas son del Chacabuco lejendario
Que, al eco triunfador de sus clarines,
Supieron siempre rechazar bridones,
Tomar reductos i clavar cañones.

I a su lado, Cruz, Montt i Perez Canto
Cáchorros de leones,
Que, si aún no ostentaban la melena
Que sacude al lanzarse hácia la arena
El rei de los desiertos, altanero,
Ya habian demostrado en las batallas
Garras de bronce i corazon de acero.

Quedaron un momento frente a frente
Las bandas de siniestra catadura
Embriagadas de rabia i de venganza,
I los que desplegaron en las lides

La hidalguía, la fuerza i la bravura
De los caballerescos adalides.

La luz del sol poniente
Coloraba de sangre la montaña
Ménos roja i ardiente todavía
Que la que iba a correr, como un torrente,
A los golpes del odio i de la saña,
Del negro flanco de la sierra umbría.

Reinaba en los abismos
I en las cimas la calma mensajera
De grandes cataclismos.
El torrente cantaba en la ladera,
I, por el cielo azul esplendoroso,
Una lejion de cóndores subía,

De la tarde a la pálida vislumbre,
En busca de sus nidos
A las rocas salvajes de la cumbre.

En medio del asombro i del despecho
De la bárbara indiada
Un resuelto muchacho subió al techo
De aquella fortaleza improvisada
I, desafiando todos los rencores
Que encerraba el tropel de la mesnada,
Clavó sobre un madero en lo mas alto
La invicta enseña de los tres colores.
Los chilenos clarines i tambores
Al punto saludaron,
I en el campo enemigo
Las primeras descargas estallaron;

I, cual águila real que algun disparo
Desbarrancarse en el abismo hiciera,
Rebotando cayó desde la altura,
El mozo que clavara la bandera.

Ya el jefe no inclinaba
Pensativo la frente
Como la tarde aquella en que llegaba,
Subiendo por la orilla del torrente.

Ahora, activo i fiero
Recorria la arena ensangrentada,
I estaba allí el primero.
Electrizando la pequeña hueste.
Con la voz, el ejemplo i la mirada.

La noche descendió sobre la aldea,
I a la luz de los rojos fusilazos
Continuó la pelea;
I resueltos i airados;
Salieron muchas veces
De su viejo reducto los sitiados,
Barriendo con su esfuerzo la esplanada;
I, como huyen las reses
Seguidas por los raudos laceadores,
Escapaban las bandas de la indiada
Delante de los fieros invasores.

Trascurrieron las horas lentamente
De aquella noche triste interminable
En que fueron cayendo, uno por uno,
Los héroes de esa lucha formidable.
I cuando ya diezmada,
Abandonó su protector abrigo
Seguida por la inmensa llamarada
En que lo convirtiera el enemigo,

Al fulgor de los rojos resplandores,
Vió la tropa bravía
La gloriosa bandera de la patria
Que, aun testigo de la ínclita epopeya,
Batida por los vientos se mecía;
I ántes que entre las llamas se perdiera,
Los héroes arrogantes,
Desafiando el abrazo de la muerte,
Con pié seguro i corazon de fiera,
En aquella hecatombe de jigantes
Intentaron la carga postrimera.

El osado caudillo
Cayó en la acometida,
Como cae en la pampa acribillado
El tigre acorralado,
Que en el último esfuerzo de su vida,
Romper intenta el círculo de muerte
Que le pusiera la feroz batida.

Sobre un monton de cuerpos mutilados
I fija en la bandera la mirada,
Oprimiendo en su puño contraído
La vengadora espada,
Quedó el gallardo capitan tendido.
Al fulgor de las llamas,
Veíase en su ceño
Tal espresion de arrojo temerario,
Que ni un solo contrario
Se atrevió a interrumpir su último sueño.

La luz del sol radiante
Iluminó las cimas de los montes
I descendió a la plaza de la aldea.
Allí en aquel instante
Terminaba la lucha jigantea.

Pálido i estenuado de fatiga,
Junto a su heroico jefe inanimado,
En la sangre enemiga

El blanco rostro juvenil bañado,
Al frente de un puñado de sus héroes,
El bravo Cruz luchaba todavía:
El último titan con débil brazo
Un sangriento pedazo
Del acero mortífero esgrimía.

I la ruda tormenta del desierto
A cuya voz vacilan las montañas,
No descargó siquiera
En la turba de míseros verdugos
Un rayo de su ira justiciera;
I bajo el cielo azul esplendoroso,
Cómplice de la horrible felonía,
I mientras rumoroso
El viento con sus alas descorria
Los blancos torbellinos de combate,
I a escucharse volvia
La cancion del torrente en la ladera,

Las bandas de salvajes inmolaron
A aquel niño, la víctima postrera.

Entre nubes de polvo, temerosas
Del próximo castigo, se volvian
En la tarde las bandas victoriosas
Al seguro retiro de sus breñas,
I sus grupos revueltos parecian
Un rebaño dispersó entre las peñas.
En tanto que al villorrio abandonado,
Envuelta entre los rayos de la lumbre
Con que el sol la montaña acariciaba,
Una lejion de cóndores bajaba
Hácia el festin que vió desde la cumbre.

